

EDITORIAL

Graciela Silvestri

Cuatro años atrás, iniciamos en el Ithepac un proyecto colectivo y multidisciplinario sobre la historia de la arquitectura y la ciudad en un período que recién comenzaba a ser objeto de estudios en nuestro país, bajo el nombre de “historia reciente”. En el nombre del proyecto, “Arqueología de la contemporaneidad. Cultura del espacio y cultura política en la ciudad rioplatense (1966-2001)”, se expresaban nuestras hipótesis: la idea de que nuestra época, en términos del pensamiento urbano y arquitectónico —y más generalmente, en las concepciones acerca de la extensión espacial—, encontraba sus inicios en la segunda mitad de la década del sesenta, cuando las críticas al canon modernista tomaron cuerpo explícito, poniendo en duda la misma figura del Arquitecto. De qué manera esta condición epocal se había expresado localmente durante estas décadas resultaba una tarea que recién comenzaba a afrontarse.

Los términos cronológicos pronto se revelaron más ambiguos de lo que habíamos supuesto, y no sólo porque, según las perspectivas y temas enfocados, los inicios locales podían estimarse más tempranos, en el mismo momento de internacionalización del “movimiento moderno” y los inmediatos debates que lo acompañaron, o más tardíos, motorizados por el clima de la pos-dictadura, en la década del ochenta. Resultaba complicado, sobre todo, definir el “final” de una época que carecía de remate, en la medida en que nos encontrábamos aún, si bien con matices y contrastes, en el mismo clima de ideas fragmentado, crítico, y plagado de incertezas. Ciertos temas y problemas que irrumpieron por entonces continuaron extendiéndose y complejizándose —tal como los nuevos modos sociales del ambientalismo, de cuyos inicios dan testimonio muchos trabajos realizados en el Instituto del Hábitat de esta Facultad a princi-

pios de los ochenta—, o las maneras de abordar la memoria colectiva a través de marcas espaciales concretas. Otras cuestiones, en cambio, condensaron momentos particulares del período, disolviéndose rápidamente —como la voluntad de “recuperar” el papel de la disciplina, abocándose a trabajos lingüístico-estéticos, en la segunda mitad de los ochenta. Pero en todo caso, las lecciones no fueron olvidadas. Es notable, por ejemplo, cómo la palabra “posmoderno”, que había definido ambiciosamente las

nuevas tendencias a mediados de 1970, y duramente criticada, asociada a un *estilo* extendido en los años negros de la Dictadura, apenas una década después, es retomada hoy en algunas publicaciones en términos casi festivos¹. No extraña que, más allá del mundo de la arquitectura y de las disciplinas de la construcción de la ciudad y el territorio, el prefijo *post* sea recurrente —post-industrialismo, post-humanismo— esquivándola contundente (aunque efímera) certeza descriptiva que poseían las banderas del “movimiento moderno” —o del “fordismo”, del “ecologismo” o del “socialismo”—, para definir una postura, un horizonte, un mundo.

La perspectiva genealógica nos permitía movernos, como arqueólogos, en las diversas capas de sentido que tal nombre, tal plan, tal construcción o tal acción, proponía en su momento, y cómo su desarrollo, negación o recuperación pocos años más tarde implicaba a la vez una continuidad y una insalvable diferencia. Escribimos bajo la idea de “post” porque ya ha quedado claro que no es sólo la historia del Sujeto-Hombre-Occidental la que explica la Historia —discursos, conocimiento científico y técnico, dominio sobre la corpórea extensión no determinan por sí solos los acontecimien-

¹ Cf Florencia Rodríguez, “Oh, sí, posmodernismo”, en PLOT, núm 31, jun-jul 2016.

tos. Precisamente en los años que planteamos como “inicio” de la contemporaneidad, muchos temas que la Historia había desechado, aquellos vinculados con la inmediata experiencia cotidiana, literalmente materiales, espaciales, fueron interrogados con inédita fuerza –en primera instancia por la cultura arquitectónica y antropológica, poco más tarde por los geógrafos, inspirando nuevas perspectivas. De allí que en el título apeláramos a la noción de arqueología (en alusión libre a Foucault, uno de los protagonistas del “giro espacial” en el que nos encontramos).

Que nuestro espacio de estudios fuera el Río de La Plata, extendiéndose a los sucesos de países vecinos del cono sur cuya suerte no fue –no es– tan distinta, supone nuevos problemas que no pueden subsumirse en las interpretaciones universalistas que suelen sustanciar los relatos argentinos. Volvemos aquí al principio de la introducción: ¿por qué nombrar esta historia como “historia reciente” cuando casi 50 años nos separan del inicio? Creo que la misma idea de “historia reciente” obedece a un trauma en estricto sentido freudiano: una impresión *con todo el cuerpo* que supera la capacidad de descarga mediante la representación. Los traumáticos acontecimientos políticos de la década del setenta-ochenta ofrecen, pues, una primera explicación para comprender por qué, casi 50 años después, consideremos “reciente” esta historia, y nos cueste tanto evaluarla con imparcialidad.

El tema político es, pues, central, por lo que aparece en el nombre del proyecto (“cultura del espacio y cultura política”). No se trata sólo de una convicción teórica (hablar de ciudad y territorio es hablar de política, aunque el sentido de lo político en la estructura espacial es mucho más amplio que el que la palabra generalmente designa en nuestras orillas). La trama política de los acontecimientos que hilan cualquier historia se refuerza y acentúa en los primeros años de nuestro período, alimentando, de ma-

nera explícita, los debates disciplinares; la censura y la violencia obstruyen, poco después, las reflexiones abiertas –pero a la vez es el momento en que, en grupos alternativos, se replantea el tema de la construcción colectiva de la ciudad, a la sombra de Lefevre y de Rossi. La década del ochenta recupera el ímpetu político bajo el tópico del “espacio público”, en la difundida versión habermasiana; y si los noventa parecen deprimir las esperanzas de aquella nueva izquierda democrática, no por esto se abandona, en el tema espacial, la centralidad de las consideraciones sociopolíticas. Ya en el nuevo milenio, el ascenso de gobiernos populares en la región impulsa la recuperación de temas técnico-políticos y sociales que parecían relegados. Nunca, en fin, cultura del espacio y cultura política permanecieron aisladas.

Quienes trabajamos en arquitectura, ciudad y territorio, sabemos sin embargo de las dificultades por establecer períodos que no derivan sólo de los episodios excepcionales que la historia política subrayó. Pocas fechas más significativas que 1976 – desde el punto de vista de la vida concreta, pero también en su dimensión simbólica. Sin embargo, no inauguró, en el Plata, formas nuevas de pensar el espacio, ni canceló las anteriores. El período dictatorial tampoco presenta estrategias espaciales unificadas: la tecnocracia del Plan moderno continuó firme bajo la intendencia del brigadier Cacciatore en la ciudad de Buenos Aires –que además incorporó las primeras medidas ambientales–, mientras en la ciudad de Córdoba, bajo el gobierno de Luciano Benjamín Menéndez, arquitectos como Miguel Angel Roca hallaron su escena para expresar su sensibilidad heideggeriana, “posmoderna”, en una particular versión de la idea de “lugar”. El éxito de Roca continuó firme en los primeros años de democracia, así como los viejos cultores del Plan –como Odilia Suárez, que valientemente había criticado las operaciones de Cacciatore–siguieron proponiendo, sin notar contradicciones, la presencia

férrea del Técnico-Urbanista moderno para resolver el desequilibrio territorial. Abordo sólo el “caso argentino”: pero, como veremos, no sólo en el Río de la Plata se manifiesta esta complejidad que hace difícil definir los períodos del pensamiento urbano y la construcción del habitar, en función de lo que la historia -y el sentido común- piensan como rupturas netas. En este sentido, destacamos el artículo de Gonzalo Cáceres, que aborda el programa reformista que arquitectos y urbanistas desarrollaron en Santiago de Chile, en el período 1964-1970, bajo el gobierno de Eduardo Frei -cuyas políticas que intentaron revertir la segregación espacial, bajo una inspiración social-cristiana, pueden considerarse en parte antecedentes de las estrategias del posterior gobierno socialista.

Con más dudas propusimos la fecha de 2001 como fin del ciclo. La elección respondía, por un lado, al extendido clima social en el que las promesas de las políticas republicanas habían entrado en profunda crisis; por otro, en una relación no causal pero ciertamente universal, las tecnologías de comunicación, que comenzaban a tomar forma en la década del 90, se extendieron promoviendo cambios cada vez más acelerados, alterando los modos habituales de comunicar y construir planes y proyectos espaciales. Aún es arriesgado evaluar de qué manera estas formas virtuales y fragmentarias de comunicación impactan las viejas disciplinas de construcción de la ciudad.

En fin, estas complejidades para definir períodos, en particular períodos recientes, plantean más en general las dificultades de la historia, la disciplina que aborda el Tiempo, para encarar aquello que desde fines del XIX se nombró como *espacio*, reconociendo en algunos ámbitos científicos la inescindibilidad temporal-espacial, pero manteniendo en las concepciones del territorio -a pesar de las metáforas de unidad y movimiento de la que hicieron gala los arquitectos modernos- la misma concepción de disponibilidad sin resistencias, vacía extensión abierta

al dominio humano, que caracteriza a la modernidad². Ya resulta habitual, en el campo de los estudios urbanos, afirmar que tal estrategia del Plan, tal innovación arquitectónica, tal vuelta de tuerca del diseño, se cruzan, pero no se componen perfectamente con los tiempos breves de los acontecimientos, y se entretienen de manera particular, y a veces con cierta autonomía, con los juegos de poder, con las acciones políticas, con las resistencias o aceptaciones sociales. En todo caso, los trabajos puntuales que aquí presentamos advierten que, penetrando la historia desde el espacio -y más precisamente, siguiendo el objetivo indicado en el título del programa, desde las variaciones de la cultura del espacio-, ya no podemos seguir hablando ni de un tiempo lineal, ni de actores-productores que, en un golpe de inspiración, imaginan la ciudad y el territorio como si fuese una página en blanco. Tales cambios de perspectiva, debemos agregar, han venido consolidándose precisamente en el período que abordamos.

En estos cinco años realizamos tres encuentros internacionales, privilegiando la participación de colegas sudamericanos. Ellos resultaron importantes para la consolidación de una red que puso en relación experiencias concretas que nos orientaron para ponderar diferencias y similitudes en las políticas territoriales y urbanas, y en las opciones y tendencias disciplinares -similares traumas, similar apertura a las tendencias internacionales, pero diferentes opciones. El hecho de que decidiéramos formar un grupo interdisciplinario, que directa o indirectamente se vinculaba con las reflexiones de filósofos, antropólogos, literatos, sociólogos, arquitectos o artistas, densificó las diferentes perspectivas. Publicamos los resultados de nuestro segundo encuentro en la revista mar-

2 Para una historización y crítica detallada del concepto de espacio en arquitectura, en lengua castellana, puede consultarse Alberto Sato, *Los tiempos del espacio*, Caracas/Buenos Aires, 2010. Alberto Sato fue invitado especial en el primer encuentro de nuestro programa, realizado los días 16 y 17 de mayo de 2011 en la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

platense Registros³, y hoy ofrecemos este dossier, selección de presentaciones del tercer encuentro que promovió el programa⁴, en la revista platense *Estudios del Hábitat* –que mantiene el nombre que posicionara a este Instituto, estructurado hoy de otra forma, pero aún el mismo en sus aspiraciones de cruzar fronteras disciplinares. Ordenamos los artículos de manera cronológica, pero la elección por la línea temporal obedece a un problema práctico, tal diversidad de enfoques y temas podría confundir al lector.

Dos trabajos se enfocan en dos figuras clave en el período que abordamos, una rosarina, la otra porteña: Mario Corea y Antonio Díaz. Ambos debieron enfrentar, en los inicios de nuestro período, la radicalización política que abrazaban, pero que amenazaba con disolver el sentido mismo de la Arquitectura. Los reunió el tema de la ciudad, complejizando los elementales presupuestos del funcionalismo moderno –al menos, de las formas en que aquí se habían recibido. Rigotti se centra en las primeras exploraciones de Corea, antes de abandonar definitivamente el país –los group forms, las megaestructuras, los sistemas abiertos, lo que justifica la apertura del dossier con la revisión de su caso. Más tarde, ya en Barcelona, se acercará a posiciones como las que Díaz empuja desde 1977, fuertemente relacionada con la tendencia rossiana y las maneras de recuperación de la arquitectura de la ciudad como construcción y memoria colectiva. El artículo de Carolina Kogan explora la figura de Díaz, sus hipótesis sobre la práctica proyectual y, especialmente, su trabajo docente en La Escuelita primero y en la cátedra de su nombre en la FAU-UBA de la postdictadura (1984-87).

La labor docente, institucionalizada o por fue-

ra de las aulas –en los mismos estudios- resulta un aporte central de ambos y no siempre estimado adecuadamente para pensar el desarrollo y la consolidación del campo disciplinar. Corea contribuyó decididamente en la construcción de los “talleres totales” que en Córdoba y Rosario renovaron, por escaso tiempo antes del Golpe, la enseñanza de la arquitectura; ya en el exilio, por su estudio pasaron muchos noveles arquitectos argentinos que ya en los 80 se convertirán en protagonistas de la pujante “escuela rosarina”. En cuanto a Díaz, es suficientemente conocido su lugar como una de las figuras claves de La Escuelita; menos se ha trabajado, como aquí estudia Carolina Kogan, las maneras en que el rigor racional –que caracteriza a ambos arquitectos- abrió en su propia cátedra las puertas para que muchos jóvenes se dedicaran a diversas experimentaciones que florecieron en la década siguiente.

Si la Ciudad era el tema a partir del cual comenzaron a plantearse las críticas a los modernismos más difundidos, acompañadas siempre por una voluntad social que ligaba la Arquitectura a disciplinas de institucionalización reciente, como la sociología, la antropología o las ciencias políticas, muchos arquitectos abandonaron a fines de los sesenta las formas tradicionales de desempeño para embarcarse en lo que, genéricamente, podemos llamar “planificación”. Un ejemplo de este pasaje lo ofrece Alejandra Monti, centrándose en el primer período de la revista de la prestigiosa Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), de extensión latinoamericana, iniciada en 1966. Monti sigue las publicaciones de la revista hasta 1970, subrayando un tema clave para el futuro de las artes y técnicas territoriales: el pasaje del urbanista al “experto”, que monopolizará –diríamos hasta hoy, aunque con diversos perfiles- no sólo el discurso de la planificación sino también el del “medio ambiente”.

Si Monti se preocupa por las transformaciones que este pasaje opera en la arquitectura,

3 Introducción al dossier especial de Registros. Revista de Investigación histórica. FAU/UN MdP, Año X, n° 11, julio 2014. pp 1-5. <https://revistasfaud.mdp.edu.ar/registros/issue/view/12>

4 Terceras Jornadas “Arqueología de la Contemporaneidad. Cultura del espacio y cultura política en la Argentina 1966-2001”, realizadas en la ciudad de La Plata el 12 de noviembre de 2015, organizadas por el HiTePAC.

Guillermo Jajamovich ofrece una perspectiva diferente acerca del pensamiento urbano territorial latinoamericano en los mismos años, vinculando publicaciones, centros de estudios y trabajos concretos con las fuentes de financiamiento externo, entonces en su mayoría de origen norteamericano –desde la posguerra, Estados Unidos ha avanzado sobre la región no sólo en términos económicos, sino también culturales. Como muchos de los problemas históricos aquí planteados, se trata de cuestiones que una y otra vez vuelven a renovarse: ¿de qué maneras determinan estos fondos las orientaciones generales de la investigación? Ya en los inicios de nuestro período, las posiciones *dependentistas* discutían la llana e ingenua aceptación por parte de países periféricos, entre los que Argentina ya se reconocía. Nuevamente, el clima de radicalización política se cruza con las consideraciones técnicas, y esboza (y este es el punto de mayor interés) una teoría particular que ya no puede subsumirse en las de la vieja izquierda obrerista. En este marco, el artículo ya citado de Gonzalo Cáceres adquiere nuevas significaciones, en la medida en que en Chile el papel del pensamiento social cristiano, que no objetaba ni los modernismos ni las reformas que mejoraran las condiciones de vida de la población, jugó un papel central que se extenderá, en algunas franjas de la misma iglesia, durante la brutal dictadura. El contraste con la actitud de la iglesia argentina es grande –pero en términos específicos, debemos reconocer cuanto debe el populismo sudamericano a las vetas tercermundistas cristianas, antes que a la tradición estrictamente marxista. En todo caso, queda por revisar una voluntad más general que excede ideologías y creencias específicas –como recientemente fue mostrado en una exposición del MoMa, “Latinoamérica en construcción”⁵, la voluntad de transformación con o

sin revolución, unificaba la retórica política con las estrategias territoriales que posibilitarían equilibrio regional, vivienda universal, y *ciudad* como derecho. La revolución podía ser el horizonte de las nuevas izquierdas; también podía ser el mundo a conjurar a través de la reforma. En la práctica constructiva, las diferencias eran escasas.

¿Cómo se piensa este mundo móvil, fluido, cambiante, violento, incierto? Más allá de quienes se veían comprometidos con la acción política, o con la práctica técnica –o con los problemas menos definibles de la Arquitectura, cuya antigua tradición reclamaba aún, entonces como hoy, la armonía del uso, de la firmeza, y de la “belleza”-, podía imaginarse un uso *social* en el más amplio sentido, incorporando el *moto* de la igualdad y el desafío a las costumbres; podía avanzarse al paso de la tecnología; pero la forma reclamaba aspectos estéticos –en términos amplios, de sensibilidad, que resultaban más difíciles de definir. Uno de los personajes centrales en la interpretación de la arquitectura en la década del setenta fue la cordobesa Marina Waisman. El peso de su palabra fue central en la medida en que dirigió las publicaciones más importantes que Buenos Aires –todavía alimentada por su pasado de foco editorial hispano-americano, aunque ya la riqueza editorial en temas de arquitectura estaba trasladándose a México, Barcelona y Madrid. Ella introdujo en Argentina no sólo nociones que marcaron las maneras de articular tendencias universales y situaciones locales –como la de “modernidad apropiada”, acuñada por Fernández Cox- sino también la importancia de la historia en la Arquitectura. Ciertamente, es en este período en el que historia y memoria (diversas entre sí, pero referidas en todos los casos al “tiempo pasado”- adquirieron un lugar central en el mundo riopla-

5 Latinoamérica en construcción: Arquitectura de 1955 a 1980, MoMA, New York, 2015. Organizado por Barry Bergdoll, curador y Patricio del Real, asistente curatorial, Departamento de Arqui-

ectura y Diseño, MoMA; Carlos Eduardo Comas, curador invitado, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil; y Jorge Francisco Liernur, curador invitado de la Universidad Torcuato di Tella, Buenos Aires, Argentina.

tense y más allá, reemplazando el horizonte del futuro. Malecki, formado en filosofía, se entusiasma con esta figura que por primera vez introdujo el nombre de Foucault para los lectores arquitectos y se centra en una de las empresas motorizadas por Waisman, *Summa/historia*, en sus antecedentes y en su impacto, en el período 1974-1978, año en que los fascículos son reunidos bajo el nombre de *Documentos para una historia de la arquitectura Argentina*. Hasta la publicación del *Diccionario de Arquitectura y urbanismo en la Argentina*, no existió otra fuente colectiva que reuniera las reflexiones sobre la historia disciplinar⁶. Más allá de esto, Waisman introduce en el plano teórico, en *La estructura histórica del entorno*, los temas ecológicos (hoy, “ambientales”) que estructuran el sentido común de las sociedades urbanas actuales.

No es posible olvidar que, tanto en artes como en arquitectura, las últimas dos décadas del siglo están fuertemente tramadas con consideraciones filosóficas. En los años de festejo democrático –especialmente, la segunda mitad de los ochenta- visitas como la de Habermas o de Jacques Allain Miller, yerno de Lacan, fueron recibidas en Buenos Aires como si se tratara de estrellas de rock. Ningún arquitecto que iniciara un camino experimental ignoraba el estado de la cuestión en el complejo mundo filosófico que ha sucedido al estructuralismo, al marxismo dogmático, al Humanismo en general. Con Waisman, los conceptos de historia y medio ambiente ensayan una primera reconciliación, que se prolongará en el tiempo.

⁶ Cf Aliata, F. y Liernur, J.F., *Diccionario histórico de Arquitectura, habitat y urbanismo en la Argentina*, FADU-Clarín, Bs As, 2004.